

Estudios Universitarios y Santidad Cristiana

Por Mons. Antonio Marino

1. El trabajo y el esfuerzo en el plan divino.

En la **aurora** luminosa de la historia, Dios creó al hombre pronunciando estas palabras: “hagamos el hombre a imagen y semejanza nuestra, según nuestra semejanza, y dominen en los peces **del mar**, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra... Y los bendijo Dios y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla; dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra” (Gn. 1, 26-28).

Según el texto sagrado, Dios crea al hombre al término de sus obras, como la más perfecta de ellas entre las creaturas **corpóreas**, y le regala el mundo armonioso salido de sus manos. Dios lo llama a completar su obra creadora. Todo en la obra de Dios es belleza y armonía: “Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien” (Gn. 1, 31). El mandato de dominar y someter la tierra, implica que **el esfuerzo y el trabajo son una dimensión constitutiva del hombre, anterior a su pecado**. Dios lo llama ante todo a comportarse como *hijo, hermano* de sus semejantes y *señor* de las cosas, permaneciendo en la obediencia y respecto a su ley.

La equivocada autonomía que el hombre reivindica en los orígenes de su historia, en búsqueda de una felicidad (“*sereis como dioses*”) al margen de Dios y sugerida por “*el padre de la mentira*”, le acarrea el desastre. Al no aceptar comportarse ante Dios como hijo, se quiebra y desordena en su propio interior, y tenderá a volcar este desorden en sus actividades y en el medio donde transcurre su vida, en sus costumbres e instituciones. Le costará comportarse como hermano y someter la creación a su servicio, sin quebrar su armonía.

Pero a pesar de todo, Dios continuará cuidando del hombre y confiando en él. Secretamente obrará en su conciencia y lo socorrerá con su gracia. **El trabajo y el esfuerzo seguirán siendo su vocación, no su castigo**, pese a que el pecado introdujo en ello su nota de penuria, de desorden y hasta de esclavitud.

Antes que cualquier legislación lo determine, **el hombre es social por naturaleza**. No puede alcanzar su propia plenitud si no establece vínculos sinceros con los demás, en relaciones solidarias. El trabajo y el intercambio de bienes contribuyen a su propio desarrollo personal y al crecimiento de la sociedad en donde vive.

2. El trabajo, el estudio, la cultura.

“Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e

instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso al género humano” (Gaudium et Spes 53).

El texto del Concilio vaticano II que acabamos de citar, presenta la cultura como un cultivo no ya del suelo sino del propio hombre, en virtud del cual éste aprende a someter la naturaleza a sus propios fines y contribuye así a volver más humana la vida social. El estudio, que ensancha cada vez más sus conocimientos, es parte de esta vocación humanizadora de sí mismo y de la sociedad. Debería de suyo, contribuir eficazmente a la auténtica promoción de la dignidad humana, no sólo en quien se beneficia de los conocimientos sino de la comunidad, a cuyo servicio deben ser puestos.

3. El estudio universitario y la cosmovisión cristiana.

En esta última fase de la historia humana, el inmenso progreso de las ciencias en todos los campos, es un hecho evidente; principalmente de las ciencias naturales y exactas, así como el extraordinario desarrollo de la técnica y de los medios de comunicación. Pero *una cultura que ha progresado tanto en el conocimiento racional de los medios* o instrumentos, a través de los cuales el hombre debería también crecer en la realización de los altos fines de su existencia; *se encuentra paradójicamente ante un retroceso del sentido* de ese enorme caudal de conocimientos y de medios. “Progreso de medios y disolución de los fines”, sería el resumen del drama de la cultura contemporánea.

Ante esta situación dramática, el universitario cristiano se encuentra con una doble tarea: adquirir una *sólida competencia* en el campo vocacional de su elección, y al mismo tiempo *llenar de significado humano y evangélico* dicha actividad.

Esto lo llevará, en más de una ocasión, a experimentar la dolorosa tensión entre sus convicciones como hombre y como cristiano, por un lado, y la fuerte presión de la mentalidad ambiente en la cultura dominante, por otro; entre las hazañas científicas y técnicas, y su visión del sentido de la realidad y de la vida humana.

4. La santidad del universitario.

El cristiano interpreta la existencia como comunión de vida con Cristo. Todo cuanto hace, lo realiza teniéndolo a él como medida del valor, positivo o negativo, de cada una de sus obras. La vida cristiana, que transcurre en la fe, como adhesión total de la persona a Cristo, no puede ser vivida como aspecto parcial dentro del todo temporal e integral que es la vida de un ser humano. Se es cristiano *a tiempo completo*. No hay actividad o aspecto alguno de la vida que quede neutro o indiferente respecto de Jesucristo. La santidad consiste en la perfecta coincidencia de nuestra mentalidad con la del Evangelio y de nuestra voluntad con la de Dios. Y esto se actúa, no al margen de la vida ordinaria, sino en el corazón de la vida cotidiana.

Por esta misma razón, la santidad del universitario no podrá nunca ser vivida como algo que, en definitiva, se juega mas allá de sus estudios y de su compromiso universitario específico: los incluye necesariamente. El universitario sólo puede santificarse integrando sus estudios y su preparación profesional dentro del inmenso esfuerzo de adherir a Jesucristo *con todo su ser*. Su vocación profesional se inserta dentro de su vocación

primordial de ser un hombre cabal y un cristiano. Por eso, se le exige lo que a todo hombre, y más si cabe: seriedad y pasión por el estudio, conciencia de su responsabilidad social, tenacidad en el esfuerzo, actualización constante de sus conocimientos..., todas las virtudes humanas que se requieran para ser un buen hombre o una buena mujer.

La santidad del universitario no puede concebirse como actividad íntima que se restringe al ámbito interior del templo y de la conciencia individual. Cristo es Señor del universo, y los cristianos ardemos en deseos de que su señorío se manifieste en todos los ámbitos de la vida del hombre en sociedad, por la fuerza contagiosa de su propio testimonio. De allí la segunda obligación, unida a la primera de la competencia: la necesidad de confrontar sus conocimientos y su capacitación profesional con el fin hacia el cual se ordenan, que es el hombre. ***El universitario cristiano, que tiende a la santidad desde su misma profesión, está obligado a adquirir una concepción cristiana de los innumerables problemas éticos que se le plantearán en el ejercicio de la misma.*** La simple enumeración de estas nuevas figuras morales, surgidas en el marco de la cultura contemporánea, desbordaría ampliamente el espacio de esta sencilla reflexión.

La tarea no es fácil ni la meta se alcanza a bajo precio ni en poco tiempo. Pero como toda santidad, la del universitario consistirá también en estar siempre en camino. La reflexión, el diálogo en el interior de grupos de formación específica, las lecturas adecuadas y bien seleccionadas, con especial atención a las iluminaciones mediante las cuales el supremo Magisterio de la Iglesia acompaña las preocupaciones morales de este tiempo, serán, junto con la solidez de su vida cristiana práctica (la oración, sacramentos, la Palabra de Dios y el compromiso moral), las bases características e incommovibles de su espiritualidad.